



Santo con alguna sombra: algunas imperfecciones

En base a un capítulo del libro "Verdaderamente hombre, Verdaderamente santo", de P. Broccardo.

El rigor que usa la Iglesia en los procesos de Beatificación y Canonización es tal que bastaría una culpa grave cometida en el último periodo de su vida, para comprometer la causa de todo candidato a la gloria de los altares.

Pero la Iglesia no pretende de los santos la perfección absoluta que, evidentemente, solo pertenece a Dios; ni aquella, perfecta en su género, de la que gozan los Bienaventurados del cielo. En esta tierra la perfección, incluso la de los estados más altos, lleva todavía consigo «algo de incompleto – escribe J. De Guibert – de carente, hasta de precario, de algo siempre inacabado».

Con otras palabras, los santos y las santas siguen siendo siempre, en la admirable variedad de sus carismas, hijos de Adán y de Eva, en lucha con su naturaleza, sus límites y – digámoslo – con sus defectos, que saben expiar y corregir. Aun después de un largo ejercicio ascético, para mantenerlos dominados en la humildad y en la oración, Dios permite pequeñas imperfecciones, debilidades de sorpresa, impulsos temperamentales y otras fragilidades –que suelen quedar reparadas rápidamente por la delicadeza de conciencia– que forman parte de la naturaleza de que estamos hechos.

Bernardita Soubirous¹ –afirma su biógrafo F. Trochu– «en su finísimo sentido de espiritualidad, se asombraba de que la mayor parte de las biografías (de los santos) no fueran otra cosa que panegíricos. Habría preferido que los historiadores pusieran mayor relieve en las imperfecciones de estos grandes amigos de Dios. *'Yo pienso —decía— que se deberían señalar los defectos de los santos e indicar los medios que usaron para corregirse. Esto ayudaría mucho'*». Es evidente. Pero esto lleva consigo algunas consecuencias prácticas que se deben tener en cuenta.

Cuando la Iglesia «propone como ejemplo que imitar la vida de los santos y de los beatos, no pretende sancionar la perfección de cada uno de sus actos y, menos aun, su imitabilidad, su valor formativo. Solo el conjunto de estas vidas es lo que se propone como modelo, juntamente con este o aquel aspecto subrayado por los decretos pontificios, con esta o aquella virtud particularmente expresada en ellos. Estos mismos santos, lo sabemos, tuvieron ligeras debilidades de las que ningún hombre está exento; no llegaron de golpe, aun después de haberse entregado a Dios, a la cumbre; en muchos de ellos se notaban las "santas locuras" admirables cuando se juzgan según el espíritu que las determinó, pero que son poco imitables sin una inspiración muy extraordinaria de la gracia» (J. De Guibert).

¹ La jovencita a quien se apareció la Virgen de Lourdes, canonizada en 1933.

Alguna pequeña imperfección

Estas consideraciones hay que tenerlas también presentes cuando se habla de Don Bosco, y se le propone como modelo de vida. En un cuadro de suma belleza, alguna pequeña imperfección, súbitamente compensada por actos de intensa caridad, no lo estropea.

San Jerónimo censuraba en Santa Paula su obstinado apego a las penitencias; pero él mismo, por su temperamento espinoso y difícil, chocó, no pocas veces, con algunos de sus contemporáneos.

San Bernardo usaba con sus monjes un rigor que se juzgó excesivo; sabemos por su primera biografía que tuvo expresiones bastante duras hacia su médico; y habiendo sido robado en Roma por ladrones, se expresó, respecto de éstos, en términos no precisamente cariñosos. No hay que extrañarse, pues, si encontramos también sombras de fragilidades no consentidas, en la vida de Don Bosco.

Escribe el Cardenal Salotti, promotor de la fe en la causa del Santo: «Si en un hombre tan extraordinario encontramos alguna sombra esta no oscurece la espléndida luz que dimana de sus muchas virtudes y de sus santísimas acciones». Monseñor Bertagna, testimonio fidedigno de la santidad de Don Bosco, testificó a su vez: «Si miro algún rasgo de su vida, como por ejemplo, la tenacidad con que a veces trataba de conseguir su intento, me parece descubrir algo de humanidad. Así, por lo que se refiere al primer aspecto, pareció un tanto inoportuno al pedir limosnas, un tanto fogoso y más de lo conveniente, para conseguirlas, hasta ser demasiado fácil en prometer recompensas del Señor a quien se las daba, y dejando el temor de que las cosas no le irían bien, ni a derechas ni a izquierdas, a quien se las negaba. Del mismo modo, alguna vez pareció demasiado reacio a abandonar sus propias opiniones».

Juicio calibrado y grave, pero no hasta el punto —como ya se ha dicho— de hacerle dudar de su santidad heroica. Compartió, como es natural y como demuestran sus escritos, los errores comunes a la ciencia profana y religiosa de su tiempo. Delicadísimo de conciencia no dejó de atacar como se ha visto, su temperamento irascible, obstinado, rico de exuberante sensibilidad. Para Don Berto, su fidelísimo secretario, Don Bosco era un verdadero sol, pero reconocía que, como el sol, tenía sus manchas. Es decir; le sucedía a él, como a todos los santos, que la naturaleza, en ciertas circunstancias, no dejaba lugar a la acción de la gracia con algunas imperfecciones —impaciencia, ímpetu, variación de humor; etc.— de las que humildemente se arrepentía en seguida, reconquistando su paz.

Una vez, dicen las Memorias Biográficas, de regreso de Roma, habiendo perdido el tren en una pequeña estación y debiendo esperar varias horas, «se mostró bastante contrariado», pero no tardó en resignarse y recuperar la calma.

Durante el segundo Capítulo General (1880), Don Barberis —se lee en las actas— no terminaba de hablar impidiendo al mismo Don Bosco que expresara su pensamiento. El Santo no perdió la paciencia, como otros, pero «algo molesto», acabo por hacerle callar con una frase piamontesa que produjo hilaridad. Podía ser, por ejemplo, un «*piantlá lí tarluc*»: expresión casi

intraducible, cuyo sentido depende mucho del tono de voz con que se pronuncie: « ¡Termina ya, tonto! ».

Una tarde en Alassio –febrero de 1879–, Don Bosco conversa despreocupadamente con algunos íntimos; manifiesta sus sufrimientos: injurias soportadas, audiencias impedidas, cartas interceptadas, oposiciones notorias y secretas desde varios frentes, palabras duras, mortificantes... Pero, de repente, se detuvo, reflexionó un instante y después dijo delante de todos: «He hablado demasiado». Y aquella misma tarde quiso confesarse.

En el origen del largo y doloroso conflicto que, durante diez años, enfrentó a Monseñor Gastaldi y a Don Bosco, dos hombres superiores y antes muy amigos, existen errores de cálculo por parte de Don Bosco y una excesiva confianza en el hombre. Intercediendo ante Pío IX para que Monseñor fuera trasladado de la diócesis de Saluzzo a la Arquidiócesis de Turín, esperaba poder contar mucho con su ayuda. Por el contrario, fue el momento de un doloroso Vía Crucis: «El haber confiado en el hombre –reconocerá humildemente– no agradó al Señor». Soportó las consecuencias con ánimo firme y con heroica obediencia, pero la naturaleza reclamaba sus derechos.

Don Rua atestigua que le vio «llorar por la pena que experimentaba al encontrarse enfrentado con su superior» y que le oyó exclamar: «Habría que hacer tanto bien, pero estoy tan turbado que no puedo hacerlo». Llanto y palabras amargas susurradas, dirigidas más a sí mismo que a su obispo, al que respetaba y amaba, salieron de su boca en momentos de extrema angustia. «Ahora solo falta que me clave un cuchillo en el corazón»; «Un sonoro bofetón no podía mortificarme más»; «A fuerza de acumular disgustos (...) el pobre estomago se desgarró».

Se diría que son palabras demasiado humanas, pero Don Bosco jamás cedió a los impulsos del resentimiento o de la rebelión. Estos desahogos sucedían siempre en un círculo reducidísimo de íntimos. Sufría, callaba, continuaba haciendo el bien. Solo «una vez», afirma Monseñor Bertagna, con quien el Santo podía confiarse como a hombre de ciencia y de consejo, pero también como amigo, «me pareció que hablase del Arzobispo con cierto ardor».

El cónsul argentino en Savona, comendador Gazzolo, se profesaba bienhechor de los salesianos. En realidad miraba solo por sus intereses. «El comendador Gazzolo –escribe a Don Cagliero en América– después de una semana de cálculos y de parloteos redujo su petición a 60.000 liras por sus 700 metros de terreno... Como ves, él los pago a 19 y, para hacernos un beneficio, nos los da a 60.000. ¡Ah!; Rogna, rognal!». Expresión piamontesa sutilmente irónica, pero dura en la boca del Santo.

Nadie está exento de errores prácticos no previstos, no deseados, no culpables, fruto de la mejor buena voluntad. Forman parte de la condición humana y Don Bosco no estuvo exento de ellos. No siempre salían las cuentas: sucedía, a veces, que la confianza puesta en ciertos colaboradores suyos fallaba; sucedía que obras llevadas a cabo con tanta ilusión tenían que ser abandonadas. Sucedió también que ciertos proyectos, «después de largas, complicadas y enojosas gestiones, capaces de hacer perder la cabeza» –son palabras suyas– fracasaban.

Don Bosco –ya lo hemos dicho– fue un gran carismático: leía en los corazones, hacía profecías, pero también podía equivocarse. Un día, uno de sus jóvenes le recuerda una predicción

que no se había cumplido. El Santo se pone serio; después, bromeando y riendo, dice: «Y aunque no se cumpliera, ¿qué importa?»; y desvió la conversación.

Los decretos de Beatificación y Canonización le reconocen el carisma extraordinario de las curaciones. Pero las curaciones no sucedían siempre. Don Rua ha podido asegurar que Don Bosco «contaba de buen grado ciertos hechos en los que se había obtenido el resultado contrario a los deseos del que imploraba su bendición».

Don Guanella, futuro fundador de los «Siervos de la Caridad» y de las «Hijas de Santa María de la Providencia», ahora Beato, se había hecho salesiano, siendo ya sacerdote, pero Dios lo quería en la diócesis. Don Bosco hizo todo lo posible para retenerlo consigo: «Quien se ha ligado en la religión –le escribe– si no quiere engañarse, es necesario que renuncie a todo proyecto que no sea conforme con los votos y siempre con el beneplácito del superior». Esta carta y otras del mismo tono fueron «una grave espina» para el alma delicada de Don Guanella, el cual decidió, no obstante, dejar a Don Bosco. Dos santos enfrentados: el Espíritu que los guía concede a uno luces superiores que no concede al otro. La historia es rica en ejemplos semejantes.

Exageración propagandística

Señalaremos por último que tampoco los santos estuvieron exentos de ciertas anomalías inocentes, de pequeñas extravagancias, de santas artimañas que hacen la santidad más humana y más próxima a nosotros.

San Francisco de Asís, a veces, se acompañaba en el canto con un trozo de madera como hacen los niños; Santa Catalina de Siena, dulce y austera, besaba a los niños por la calle y enviaba ramos de flores, hechos con sus manos, a los amigos; San Felipe Neri tenía predilección por una vieja gata pelirroja y por un perro llamado «Capricho», y daba saltos en el aire para expresar su alegría. También la vida de Don Bosco ofrece aspectos que no es fácil reducir a esquemas corrientes.

El Santo, tan concreto y con gran sentido de la realidad, hablando de sus proyectos y de sus obras, cedía a la amplificación para impresionar la fantasía de sus oyentes, para ganárselos más fácilmente a su causa: «Toda Italia y la Europa política y religiosa hablan de nuestro proyecto para la Patagonia».

Al describir en sus Memorias sus habilidades de prestidigitador, debía reírse dentro de sí cuando hacía, por ejemplo, la siguiente afirmación «Ver salir de un cubilete mil pelotas más grandes que él; sacar de una pequeña bolsa mil huevos, eran cosas que causaban asombro».



Santo moderno, comprendió por instinto la importancia que la «propaganda» iba asumiendo en la nueva sociedad y se sirvió de ella en gran escala a través de periódicos, libros, ensayos, conferencias. «Es el único medio –decía– para dar a conocer las obras buenas y sostenerlas: el mundo actual se ha hecho materialista; por eso es necesario trabajar y hacer conocer el bien que se hace». Y copió también de la propaganda el lenguaje y el método, pero sin comprometer jamás su conciencia.

Sumergido siempre en deudas y al borde de la bancarrota, cuando se dirigía a los bienhechores o a la opinión pública, consideraba que no solo era lícito, sino necesario, el uso del lenguaje pomposo. «La exageración –decía– es una figura retórica, lo cual quiere decir que no está prohibido utilizarla».

A hacer uso de la exageración debían de impulsarle sus sueños proféticos y «aquel su hacer a lo grande que le llevaba siempre de golpe a los programas máximos y a concebir planes mundiales, puestos en marcha apenas pensados y sin interrupciones en su ejecución» (F. Orestano).

También se da en Don Bosco la fuerte tendencia a hinchar el número de sus obras y de sus jóvenes; « ¡Es algo grandioso!», decía a Don Barberis, aludiendo a las «veinte» fundaciones del año 1878. En realidad las veinte fundaciones son las casas que el catalogo enumera en el año 1878, tres más en relación con las del año anterior. En su relación a la Santa Sede del año 1880, asegura a León XIII que sus cincuenta mil jóvenes rezan por él; pocos años después, la cifra se eleva a doscientos cincuenta mil, a trescientos mil... ¿Qué decir a esto?

Comenta Don Ceria: «Don Bosco no reparaba en los cálculos, dejándose llevar por las modernas formas de publicidad comúnmente en boga que proclaman incluso tres veces de mas para que se entienda al menos la mitad de la mitad». Mas sutilmente dice P. Stella: «La hipérbole propagandística se explica en la atmosfera de entusiasmo, de argucia, de broma y de picardía, entre familiar y popular; que reinaba en Valdocco y en los distintos ambientes en los que se movía Don Bosco». Y éste es también Don Bosco.

